

II

LA APARICION.

El primer encuentro fué verdaderamente extraño.

Contemplador apasionado de las hermosuras de la Naturaleza, siempre en busca de grandes espectáculos el joven naturalista había emprendido en el año anterior un viaje á Noruega con objeto de visitar aquellos fiords solitarios en que el mar se abisma y aquellas montañas de cimas nevadas que alzan sus frentes inmaculadas arriba de las nubes, y sobre todo con el vivo deseo de hacer un estudio especial de las auroras boreales, grandio-

sa manifestación de la vida de nuestro planeta.

Le acompañé en ese viaje.

Las puertas del Sol tras de los fiords tranquilos y profundos; las salidas del Astro espléndido tras de las montañas encantaban con indecible emoción su alma de artista y de poeta.

Más de un mes vivimos allí recorriendo la pintoresca región que se extiende de Christianía á los Alpes escandinavos.

Ahora bien, Noruega era la patria de esa niña del Norte que debía ejercer tan rápida influencia en su corazón no despertado todavía.

Allí estaba, á unos cuantos pasos de él; sin embargo, hasta el día de nuestra partida, el Azar, dios de los antiguos, se decidió á aproximarlos.

Doraba la luz de la mañana las lejanas cimas. La juvenil noruega había sido conducida por su padre á una de esas montañas en que se efectúan muchas excursiones, como en el monte Righi, de Suiza, para que asistiera á la salida del Sol que ese día fué maravillosa.

Hallábase Iclea sola, á algunos metros,

apartada en un montículo aislado para distinguir mejor algunos detalles del paisaje, cuando al volverse, con el rostro opuesto al Sol para abrazar el conjunto del horizonte advirtió no ya en la montaña ni en la tierra, sino en el cielo mismo, su imagen, su cuerpo perfectamente bien reconocible. Una aureola luminosa rodeaba con una corona de esplendente gloria su cabeza y sus hombros, y un gran círculo aéreo, débilmente teñido con las tintas del arco-iris, envolvía la misteriosa aparición,

Asombrada, conmovida por la singularidad del espectáculo, todavía bajo la impresión de la espléndida salida del Sol, no miró inmediatamente que otra imagen, un perfil de cabeza de hombre, acompañaba á la suya, y recordaba aquellas estatuas de santos que están de pie en los pilares de las iglesias.

El rostro masculino y el suyo estaban encuadrados en el mismo marco aéreo.

Repentinamente, percibió el perfil raro, creyó ser juguete de una visión fantástica y, maravillada, hizo un gesto de sorpresa y casi de horror. Su imagen aérea reprodujo el mismo gesto y vió Iclea que el espectro del viajero llevaba la mano á su sombrero y se descu-

bría, como con saludo celeste; luego perderse la exactitud de los contornos y desvanecerse al mismo tiempo que su propia imagen.

La transfiguración del monte Thabor en donde los discípulos de Jesús vieron de súbito en el cielo la imagen del Maestro acompañada de las de Moisés y Elías, no produjo en ellos estupefacción más grande que la de la inocente vírgen de Noruega, frente á esa antelia cuya teoria conocen todos los metereologistas.

La aparición se fijó en su retina como un ensueño maravilloso. Llamó á su padre que estaba á corta distancia tras del montículo, pero cuando él llegó todo había desaparecido. Preguntóle la explicación, sin obtener una buena respuesta, porque no lo fué la duda y casi la negación del fenómeno. Hombre excelente, antiguo oficial superior, pertenecía á ese orden de escépticos distinguidos que sencillamente niegan lo que ignoran ó lo que no comprenden. Por más que la deliciosa criatura le afirmara que acababa de ver en el cielo su imagen—y hasta la de un hombre á quien juzgaba joven y de buen porte—por más que refiriese los detalles de la aparición y agregara que las imágenes parecían más grande y se asemejaban

á siluetas colosales, declaró él con gran autoridad que eso era lo que se llama ilusión de óptica y que esas ilusiones se producen por la imaginación cuando se ha dormido mal, sobre todo en los años de la adolescencia.

En la tarde, cuando subíamos al buque, advertí á una joven de cabellera un tanto vaporosa que miraba á mi amigo con aire francamente asombrado. Estaba de pie en el maulcón, apoyada en el brazo de su padre é inmóvil como la mujer de Lot, tornada en estatua de sal. La señalé á mi amigo; pero no bien hubo éste vuelto el rostro hacia ella, las mejillas de la niña se purpuraron y apartó la mirada para dirigirla sobre la rueda del buque que comenzaba á andar.

No sé si Spero se fijó en ella.

En efecto, ni uno ni otro vimos en la mañana el fenómeno aéreo, en el momento en que la joven estaba cerca de nosotros aunque oculta por unos cuantos arbustos tupidos: lo que nos atrajo fué el Oriente, la magnificencia de la salida del Sol; y mi amigo saludó á Noruega que dejaba con dolor, con el mismo ademán con que antes había saludado al Sol levante. La desconocida tomó ese saludo para ella.

Dos meses más tarde en París, el conde K... daba un brillante sarao á propósito de un reciente triunfo de su compatriota Christine Nilson.

La noruega y su padre que se hallaban en París con objeto de pasar una parte del invierno, contábanse entre los invitados; desde mucho tiempo atrás se conocían como compatriotas, que Suecia y Noruega son hermanas.

En cuanto á nosotros, íbamos por primera vez, y aun la invitación se debía á la aparición del último libro de Spero, señalado ya por un buen éxito.

Sofadora, pensativa, instruída con la instrucción sólida de las naciones del Norte, ávida de saber, Icelea había ya leído y vuelto á leer con curiosidad ese libro un tanto místico, en el cual el nuevo metafísico expusiera las ansiedades de su alma no satisfecha con PENSÉES de Pascal.

Agreguemos que meses atrás había sufrido, con resultado feliz, el examen para obtener el diploma superior, y que habiendo renunciado al estudio de la Medicina que al principio la atrajo, comenzaba á iniciarse con

cierta curiosidad en las investigaciones enteramente nuevas de la Fisiología psicológica.

Cuando anunciaron á M. Georges Spero creyó que acababa de entrar un amigo desconocido, casi un confidente de su espíritu.

Se estremeció, como herida por una conmoción eléctrica.

El poco acostumbrado á reuniones. tímido, no salió de un ángulo del salón, al lado de algunos amigos, indiferente á vales y cuadrillas, y más atento á dos ó tres obras maestras de la música moderna interpretadas con sentimiento.

Concluyó la reunión sin que hubiese intimado con ella, aun cuando él notara que ella fué lo único que miró en aquel sarao brillante.

Más de una vez se encontraron sus miradas.

Al fin, hacia las dos de la mañana, cuando la reunión se volvió más íntima, se atrevió él acercarse, sin dirigirla una palabra.

Fué ella la primera que le habló para expresar una duda acerca de la conclusión de su libro.

Halagado, y más sorprendido al saber que sus páginas de Metafísica tenían una lec-

tora—y una lectora de tal edad— el autor contestó con bastante torpeza que esas investigaciones eran un poco formales para una mujer.

Replicó ella que ni las mujeres ni las jóvenes habían de absorberse en los cuidados del tocador y que de algunas sabía que pensaban, investigaban, trabajaban, estudiaban. Habló con vivacidad defendiendo á la mujer contra el desdén científico de ciertos hombres y sosteniendo su aptitud intelectual no la dió fatiga ganar una causa en que el interlocutor no era, en modo alguno, su adversario.

Ese nuevo libro cuyo buen éxito había sido inmediato y resonante, á pesar de la dificultad del asunto, rodeó al nombre de Georges Spero con una verdadera aureola de celebridad, y el aplandido escritor era acogido por todas partes con simpatía.

Apenas habían cambiado los jóvenes unas cuantas palabras, fué él el punto de mira de los amigos de la casa y se vió obligado á responder á diversas preguntas que vinieron á interrumpir la conversación.

Uno de los críticos más eminente había consagrado un largo artículo á la nueva obra

y el tema mismo del libro fué un instante el objeto de la atención de todos.

Iclea se esquivó. Sentía, y en esto las mujeres jamás se engañan, que el héroe se había fijado en ella. que el pensamiento de Spero iba ya atado al suyo por un hilo invisible y que al contestar á las preguntas más ó menos vanas que se le dirigian. su pensamiento no estaba por completo en la conversación.

Ese primer triunfo intimo la bastó. Bien que tampoco deseaba otros.

Después habló con entusiasmo de los maravillosos paisajes de Noruega y refirió su viaje.

Ardía ella por oír una palabra, una alusión cualquiera al fenómeno aéreo, que tanto a preocupó. No comprendía su silencio, su discreción.

No habiendo observado él la antelia en ese momento en que en ella se proyectaba Iclea, no le sorprendió ese fenómeno que por otra parte, conocia ya por haberlo observado y en mejores condiciones, desde la canastilla de un aeróstato, y no habiéndolo observado, nada tenia que decir.

Ni vino á su memoria el instante de

embarque, y aun cuando la blonda niña no le parecía ser completamente extraña, no recordaba haberla visto antes.

Yo la reconocí inmediatamente.

Habló él de los lagos, de las riberas, de los fiords, de las montañas; le contó que su madre murió muy joven de una enfermedad del corazón, que su padre prefería la vida de París á la de cualquiera otra parte, y que sin duda no volverían á su patria sino muy raramente.

Pronto se establecieron entre ellos las relaciones de amistad.

Educada ella á la manera inglesa, gozaba de aquella independencia y de aquella libertad de acción que las mujeres de Francia conocen hasta después del matrimonio, y no se sentía detenida por ninguna de esas convenciones sociales que entre nosotros parecen destinadas á proteger la inocencia y la virtud.

Dos amigas de su misma edad habían venido solas París para concluir su educación musical, y vivían juntas en plena Babilonia, con entera seguridad, y sin suponer nunca los peligros de que, según se dice, está lleno París.

La joven recibió las visitas de Georgea

Spero como podía haberlas recibido el padre mismo, y en pocas semanas la afinidad de sus caracteres y de sus gustos los asociaron en iguales estudios y en iguales investigaciones.

Casi diariamente, en la tarde, arrastrado por una secreta atracción, se dirigía del Barrio Latino á la orilla del Sena, seguía hasta el Trocadero y pasaba algunas horas con Icea, ya en la biblioteca, ya en el terrado del jardín, ya paseando en el Bosque.

La primera impresión, nacida de la imagen celeste, quedó en el alma de Icea.

Miraba al sabio si no como un dios, ó como un héroe, como un hombre superior á sus contemporáneos.

La lectura de sus libros fortificó esa impresión y aun la aumentó; sintió por él más que admiración: una verdadera veneración.

Después de que le conoció, el gran hombre no descendió del pedestal.

Le encontró tan sencillo, tan sincero, tan bueno, tan indulgente para todos, y á la vez escuchó tan injustas críticas, obra de rivales, que le amó con un sentimiento casi maternal.

¿Ese sentimiento de protector afecto existe ya en el corazón de los jóvenes? Quizá; pero

de seguro así le amó alla antes de amarle con amor.

Creo haber dicho ya que el fondo del carácter de ese pensador era un tanto melancólico con aquella melancolía de alma de que habla Pascal y que es como nostalgia del cielo.

Buscaba perpetuamente la solución del problema eterno, el *to be or not to be*, el ser ó no ser, de Hamlet.

Pudo vérselo en ocasiones triste, aterrado hasta la muerte; pero por singular contraste, cuando sus negros pensamientos se consumían, por decirlo así, en la investigación, cuando el cerebro agotado perdía la facultad de vibrar, quedábale como un reposo, como una tranquilidad. La circulación de su sangre bermeja reanimaba la vida orgánica, el filósofo desaparecía para ceder el puesto á un muchacho casi sencillo, de una alegría fácil, capaz de divertirse con todo, con gustos femeniles, dado á las flores, á los perfumes, á la música, al ensueño, y con aire á veces de asombroso abandono.